

Autor
Pierre Gripari

Ilustrador
Claude Lapointe

Los cuentos de la calle Broca

1



LAROUSSE

ÍNDICE



*El príncipe Blub
y la sirena*

6

*La historia
de Lustucrú*

30

*El hada
de la llave*

52

*Scubidú,
la muñeca que todo
lo sabe*

72





El PRÍNCIPE BLUB y la SIRENA



Había una vez un viejo rey, cuyo reino era una isla, una isla majestuosa situada en pleno trópico, justo en el ombligo del océano.

Dicho rey tenía un hijo, el príncipe José María Jesús Juan Carlos Sebastián. Era un nombre muy largo para un príncipe tan pequeño. Por ello, cuando era niño y le preguntaban:

—¿Cómo te llamas?

Él solía responder:

—Blub.

De modo que todo el mundo lo llamaba el príncipe Blub.

En las zonas tropicales, no hay temporadas frías. Así, al despertar cada mañana, en lugar de lavarse la cara en el lavabo, lo cual es mortalmente aburrido, el príncipe Blub iba a bañarse en el mar. Tenía una playa pequeñita entre los peñascos para él solito, tan sólo a cinco minutos del palacio. Y ahí se encontraba a una sirena todos los días, con la que jugaba desde que era niño.

Ustedes ya saben qué es una sirena, ¿no es así? Es una criatura marina mitad mujer y mitad pez: mujer por encima de la cintura, y por debajo nada más que una cola de pez.

La sirena llevaba al príncipe Blub sobre su espalda para pasearlo alrededor de la isla, y hasta lo llevaba a altamar, o hasta se sumergía con él en el agua para recoger conchas, peces pequeños, cangrejos y ramas de coral. Cuando terminaban de nadar juntos, se acostaban sobre un peñasco y ella le contaba todas las maravillas del océano al tiempo que el príncipe Blub se secaba bajo el sol.

Un día, al conversar, el príncipe Blub le dijo a la sirena:

—Cuando sea grande, me casaré contigo.

La sirena sonrió antes de decirle:

—Cuando seas grande, te casarás con una bella princesa, que tendrá dos piernas como todo el mundo y no una fea cola de pez, y serás el heredero de tu padre, el rey.

—No —repuso el príncipe—, sólo me casaré contigo.

—No puedes decirme eso —lo interrumpió la sirena—: ahora no lo sabes. Cuando tengas quince años, volveremos a hablar al respecto.

El príncipe Blub no insistió, pero pasaron los años y se convirtió en un apuesto muchacho. Un día, le dijo a la sirena:

—¿Sabes qué día es hoy?

—¿Qué día es?

—El día en que cumpla quince años.

—¿Y luego?

—¿Y luego? Bueno, todavía te amo y quiero casarme contigo.

Esta vez, la sirena se quedó pensando:

—Escúchame, Blub —respondió—. Creo que eres sincero, pero no lo has meditado debidamente. Sabes que no tengo piernas: no puedo vivir en tierra firme como una mujer normal. Si te casas conmigo, eres tú quien deberá acompañarme con mi padre hasta el Reino Marítimo. Te convertirás en tritón. Cambiarás tus dos hermosas piernas por una cola de pez.

—¡Pero si es perfecto! —dijo.

—¡No, no es perfecto! —añadió—. ¡No eres el primer hombre que quiere casarse con una sirena! ¡Esos matrimonios siempre son desafortunados! Para empezar, en la mayoría de los casos, los hombres nos

desposan por interés. Se casan con nosotras para no morir, pues los tritones son inmortales...

—Pero yo no lo sabía —dijo el príncipe Blub.

—Ya sé, ya sé, pero déjame terminar. Después, una vez casados, extrañan la vida mortal, extrañan sus dos piernas y su tierra natal. Quisieran saltar de nuevo, correr de nuevo... Piensan en las flores, las mariposas, los animales, los viejos amigos que ya no ven... Se mueren de aburrimiento y, sin embargo, saben que no morirán jamás.

—Pero yo te amo —dijo el príncipe—, y estoy seguro de que no extrañaré nada.

La sirena negó con la cabeza.

—No puedes saberlo. Cuando tengas veinte años volveremos a hablar al respecto.

Pero esta vez el príncipe no quería esperar. Ese mismo día, durante el almuerzo, le dijo a su padre:

—Sabes, papá, quiero casarme con una sirena.

—No digas tonterías —dijo el rey—. Sabes bien que las sirenas no existen.

—Perdón, papá —repuso el príncipe—, pero yo conozco a una. Cada mañana entro al mar con ella.



El rey no respondió, pero después de terminarse el café fue a visitar al capellán de la corte:

—Dígame, Padre, ¿es cierto que las sirenas existen?

—Desgraciadamente sí existen —dijo el capellán—, ¡y son demonios!

—¿Cómo que son demonios?

—Verá: las sirenas son las hembras de los tritones, y los tritones son inmortales. Debido a que son inmortales, no pueden morir y, por tanto, no se irán al Cielo. Debido a que no se irán al Cielo, no verán a Dios. En consecuencia, deberían estar tristes... pero no lo están, ¡al contrario! ¡Son felices como lombrices! Entonces, ¡son demonios! Su existencia en sí misma es un insulto para el Santo Padre, ¿comprende?

—Sí, sí... —murmuró el rey.

Y luego se fue corriendo a ver a su hijo:

—¿En verdad me dijiste que amabas a una sirena?

—Sí, padre.

—¿Y quieres casarte con ella?

—Sí, padre.

—¿Entonces no sabes que las sirenas son demonios?

—¡Eso es mentira! —respondió el príncipe Blub lleno de indignación—. Te informaron mal. Mi sirena no es un demonio, ¡Ella es la más amable de todas!

—Sí, sí... —dijo el rey, perplejo.

Y se fue corriendo a ver al capellán:

—Mmm, verá, Padre... Hace rato, dudé en decirselo... pero mi hijo se enamoró de una sirena...

—¡Qué catástrofe! —exclamó el capellán—. Para empezar, si su hijo la desposa, no se irá al Cielo. Luego se convertirá en tritón y ya no tendrá piernas, sino que en su lugar ostentará una gran cola de pez. Finalmente, estará obligado a vivir para siempre en el mar, y no podrá ser su heredero...

—¡En efecto, es una catástrofe! —dijo el rey enloquecido—. ¿Qué hay que hacer?

—Dígale que las sirenas son demonios.

—Ya se lo dije, ¡pero no quiere creerme!

—En ese caso, ¡hay que separarlos a toda costa!

—Eso sí que es una buena idea —dijo el rey—. Pensaré en ello.

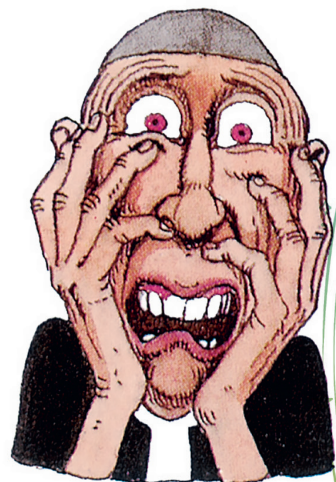
Y, por segunda vez, se fue corriendo a ver al príncipe:

—¿En verdad me dijiste que amabas a una sirena?

—Sí, padre.

—¿Todavía quieres casarte con ella?

—Sí, padre.



—¿Estás seguro de que no te vas a arrepentir?

—¡Jamás me arrepentiré! —dijo el príncipe—. ¡Viviré con ella en el océano y seremos muy felices!

—Sí, sí... Bueno, en ese caso, ¿cuándo volverás a ver a esa sirena?

—Mañana por la mañana, padre. La veré en la playa.

—Bueno, dile que pasado mañana iré contigo. Deseo conocerla.

A la mañana siguiente, al llegar a la costa, el príncipe le dijo a la sirena:
—¡Mi padre está de acuerdo con nuestro matrimonio! ¡Mañana por la mañana vendrá conmigo para verte!

La sirena se echó a reír:

—Tu padre quiere pasarse de listo, ¡y todo esto es una trampa! Pero no importa: que venga, ¡yo aquí estaré! En cuanto al rey, no temas, que pase lo que tenga que pasar, pues soy inmortal. Incluso si nos separan, te diré cómo volver a verme.

—¿Cómo? —preguntó el príncipe.

—Escucha bien: cuando quieras verme, ve a un lugar en el que haya agua, aunque sea poca, mientras haya algo...

—¿Incluso si está separada del mar?

—Incluso si está separada del mar. Cualquier lugar en el que haya agua es mi hogar, pues toda el agua del mundo forma parte de un gran reino gobernado por mi padre. Para llamarme, bastará con que estés

junto al agua —ni siquiera deberás tocarla— y luego cantes estos pequeños versos:

Escucha mi canción,

Sirena mía.

Soy tu tritón

Y tú eres mi vida.

Aquella mañana, el príncipe Blub repitió la canción una y otra vez, de modo que al regresar al palacio se la sabía de memoria.

Al día siguiente, el rey fue a la playa con su hijo y un grupo de gente importante. Lo que el príncipe ignoraba, era que dicho grupo estaba conformado principalmente por policías, pescadores y vendedores de mariscos, todos disfrazados de miembros de la corte que escondían redes, sogas, macanas y revólveres bajo sus elegantes atuendos.

La sirena los esperaba acostada sobre un peñasco. El rey se le acercó, la tomó de la muñeca como para besar su mano, y luego les gritó a los miembros de su corte:

—¡Ahora!

A su señal, se abalanzaron sobre ella, la atraparon en sus redes, la inmovilizaron y la amarraron. El príncipe Blub, que quería defenderla,

fue igualmente atacado, sometido, atado y amordazado antes de mover un dedo.

Acto seguido, el rey les dijo a sus pescadores:

—Tráiganme ese monstruo y córténle la cola en pedacitos para venderla en el mercado.

Después, volviéndose hacia el príncipe Blub, añadió:

—En cuanto a ti, queridísimo hijo, te enviaré en el próximo vuelo con mi primo, el emperador de Rusia, quien te acogerá en su palacio ¡hasta que renuncies a este amor sin sentido!

Efectivamente, el príncipe Blub voló a Moscú ese mismo día, mientras que la sirena, aún amarrada, estaba recostada sobre una mesa de metal en una gran marisquería de la capital.

Ella estaba tranquila, sin decir palabra, y muy sonriente. El pescador se acercó a ella con un enorme cuchillo, y ella seguía sonriendo. Le cortó la cola y la colocó sobre otra mesa, luego se volvió hacia la sirena. Para su sorpresa, la cola le había vuelto a crecer, y la sirena, antes blanca y rosa, se mostraba ahora verde —completamente verde, incluido el cabello—, aunque su sonrisa se había petrificado en un *rictus* ligeramente inquietante.

El pescador, un poco consternado, cortó la segunda cola, la verde, y la puso sobre la otra mesa, junto a la cola rosa. Después se dio media

vuelta lo más rápido que pudo y... esta vez, la sirena era azul, ¡desde la punta de sus cabellos azules hasta el extremo de su nueva cola azul! Además, ya no sonreía para nada, sino que hacía una mueca tras otra.

Temblando de miedo, el pescador reanudó la operación, pero esta vez, cuando hubo cortado la tercera cola y la puso junto a las dos primeras, la sirena se puso toda negra, con una cola negra, unas escamas negras, una piel negra, cabellos negros, un rostro negro; y su mueca era ahora tan pero tan fea, que el hombre, aterrado, salió disparado de la tienda y, aventando el cuchillo, corrió a toda velocidad hasta el palacio para contarle todo al rey.

El rey, intrigado, quiso acompañarlo a la marisquería para ver si era cierto. Pero, al entrar, la sirena había desaparecido junto con la cola rosa, la cola verde y la cola azul.

Mientras tanto, el príncipe Blub fue recibido por el emperador de Rusia. Éste lo hospedó en el Kremlin, en un apartamento privado donde sus sirvientes pudieran espíarlo.

Tan pronto creyó que estaba solo, el príncipe entró al baño, dejó correr el agua en la tina y, cuando ésta se llenó, se puso a cantar:



Escucha mi canción,

Sirena mía.

Soy tu tritón

Y tú eres mi vida.

Entonces el agua borbotó y la sirena apareció.

—Hola, príncipe Blub. ¿Me amas?

—Sí, te amo. Quiero casarme contigo.

—Espera un poco, la prueba ya comenzó.

Y al decir esas palabras, se sumergió y desapareció. Pero uno de los sirvientes vio todo por el cerrojo de la puerta, y enseguida fue a informar al emperador, quien le hizo saber al príncipe Blub que, en lo sucesivo, tendría prohibido entrar al baño.

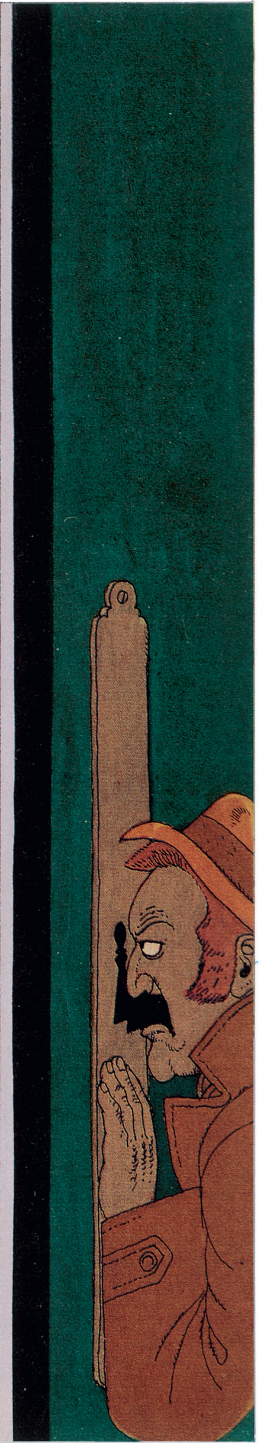
Al día siguiente, el príncipe pidió una cubeta de agua para lavar sus manos. Se la llevaron, la tomó y dio las gracias; luego la colocó en el suelo en medio del cuarto y empezó a cantar:

Escucha mi canción,

Sirena mía.

Soy tu tritón

Y tú eres mi vida.



Entonces el agua borbotó y la sirena apareció —un poco más pequeña, pues la cubeta era más estrecha que la tina—.

—Hola, príncipe Blub. ¿Aún me amas?

—Te amo, te adoro.

—Sigue esperando, pues la prueba continúa.

Y al decir esas palabras, se sumergió y desapareció.

Ese mismo día, el emperador le hizo saber al príncipe Blub que, en lo sucesivo, tendría prohibido lavarse las manos.

El príncipe se dio cuenta de que todos los sirvientes eran en realidad unos soplones.

Al tercer día, fingió tener sed, y pidió un vaso de agua. Un sirviente se lo llevó. El príncipe tomó el vaso, lo puso sobre la mesa, y luego, en vez de despedir al sirviente, le dijo:

—Toma asiento y observa.

Y, sentándose frente al vaso, comenzó a cantar:

Escucha mi canción,

Sirena mía.

Soy tu tritón

Y tú eres mi vida.

Entonces el agua borbotó y la sirena apareció: pequeña, minúscula, pero reconocible.

—Hola, príncipe Blub. ¿Aún me amas?

—Sí, te amo. Quiero casarme contigo.

—Espera un poco, la prueba terminó.

Y al decir estas palabras, la sirena se sumergió en el vaso y pareció disolverse al instante. El príncipe Blub tomó el vaso y lo vació en la cara del sirviente; después le dijo:

—Ahora haz lo tuyo, soplón.

Es preciso pensar que así lo hizo, pues, al día siguiente, el emperador regresó al príncipe Blub con su padre, junto con esta carta:



Querido primo,

Hice todo lo que pude, pero es imposible evitar que su hijo invoque a esa sirena, a menos que se le mate de sed. Se lo regreso, y que Dios lo cuide.

*Atentamente, Nikita I
Emperador de la Unión Rusa*

El rey leyó dicha carta, y luego se reunió con el capellán de la corte.
—El emperador regresó a mi hijo —dijo—, y mire nada más lo que me escribió.

—De ser así —respondió el capellán—, no veo más que una solución: transformar al príncipe en un timbre postal y pegarlo en la pared del lugar más seco en todo el palacio, ¡de modo que no haya una sola gota de agua que pueda tocarlo!

—Eso —dijo el rey— ¡es una excelente idea! No se mueva de aquí, ¡se lo enviaré de inmediato!

Salió corriendo a ver al príncipe y le dijo, con cierta indiferencia:

—Hijo mío, ¿podrías hacerle un favor a tu padre?

—¡Por supuesto! —dijo el príncipe Blub.

—Bueno, ve a buscar al capellán. Necesito hablar con él.

El príncipe Blub acudió a los aposentos del capellán y tocó a la puerta:

—¿Quién? —preguntó el capellán.

—El príncipe Blub.

—¡Adelante!

El príncipe entró y, al abrir la boca para decir: “Mi padre lo busca”, el capellán se puso a recitar a toda velocidad, sin equivocarse y con la mirada fija en él:

Abracadabro

Te vuelves plano

Abracadabrosa

Tu espalda es pegajosa

Abracadabré

Te vuelves de papel

Abracadabrente

Papel adherente

¡Por desobediente!

Al pronunciar el último verso, el príncipe se transformó en un timbre postal, y cayó lentamente al suelo, balanceándose liviano de un lado al otro. El capellán lo recogió y se lo llevó al rey.

Era un timbre precioso de tres colores, con bordes dentados, la figura del príncipe en el centro y la siguiente inscripción:

CORREO REAL, 30 CENTAVOS

El rey lo miró de cerca y preguntó:

—¿Aún quieres casarte con la sirena?

Una vocecita salió del timbre para responder:

—¡Sí, aún lo quiero!

—En ese caso —dijo el rey—, te pegaré en la pared y allí te quedarás hasta cambiar de opinión.

Y justo cuando se disponía a lamer el timbre, el capellán le gritó:

—¡Espere! ¡No lo moje!

—Claro —dijo el rey—. ¡La saliva también es agua!

Entonces tomó un poco de pegamento blanco y, con ayuda de un pincel, adhirió el timbre a la pared, debajo de su buró.

Pasaron días, semanas y meses. Cada mañana, antes de empezar a trabajar, el rey observaba el timbre y decía:

—¿Aún quieres casarte con la sirena?

Y la vocecita respondía:

—Sí, aún lo quiero.

Aquel año, llovió mucho. Cayeron aguaceros, tormentas y tempestades. Incluso hubo un ciclón que, proveniente del mar, devastó la isla de pies a cabeza. Pero el palacio real estaba bien construido y ni una gota de agua llegó hasta el buró del rey.

Al año siguiente, no llovió tanto, pero hubo un temblor seguido de un tsunami. Una parte de la isla se derrumbó y toda la costa se inundó, aunque el palacio del rey era muy sólido y estaba construido en las alturas de la isla, de modo que ni una gota de agua llegó hasta el timbre.

Y después, al año siguiente, hubo una guerra. Un buen día, el presidente de la república de una isla vecina envió una decena de aviones a bombardear el palacio real.

El rey, la reina y toda la corte tuvieron tiempo de bajar hasta el sótano, pero cuando volvieron a subir, el palacio se encontraba en llamas.

Al ver el incendio, el rey se puso como loco. Amaba mucho a su hijo, a pesar de haber sido duro con él y, antes que dejarlo quemarse, prefería verlo casado con la sirena. Al tiempo que los hombres llevaban cubetas de agua en fila, entró en el palacio flameante con un vaso de agua en la mano, arriesgando su vida. El fuego bailaba en todas partes; el humo lo cegaba, lo hacía toser; las chispas volaban como balas de cañón, y su capa comenzaba a chamuscarse. Afortunadamente, su aposento estaba aún intacto. El rey buscó el timbre sobre la pared, lo encontró y lo besó mientras lloraba:

—Sé feliz, hijo mío —murmuró.

Luego quiso verter el agua del vaso sobre el timbre... pero éste había desaparecido. Una lágrima del rey lo había mojado mientras lo besaba, y eso había bastado: el príncipe Blub se había reunido con el reino de las sirenas.

Casi al instante, comenzó a llover a cántaros y el incendio se contuvo. Media hora más tarde, encontraron al viejo rey desmayado, recostado en su buró, con un vaso roto en la mano derecha.

Lo levantaron, se lo llevaron y lo curaron pero, apenas pudo recobrar la conciencia, se enteró de una terrible noticia: se había avistado a la flota enemiga. Llegaba a todo vapor para intentar un desembarco.

El rey reunió a su Consejo, y mandó sacar todos sus barcos de guerra. Había poca esperanza, pues la flota enemiga era la más numerosa, la mejor armada y la mejor entrenada. Luego de dar algunas órdenes y hacer todo lo que dependía de él, el rey fue a tomar un paseo solo por la costa, en el mismo lugar de la playa en el que el príncipe Blub acostumbraba bañarse. Mientras caminaba, lloraba y se lamentaba:

—Ay, hijo mío, mi niño, ¿en qué estado dejas a tu país!

Tan pronto dijo aquello, el príncipe Blub ya estaba frente a él, recostado entre las pequeñas olas. Estaba completamente desnudo, aunque esto era muy conveniente, pues debajo de la cintura su cuerpo no era más que una cola de pez. Al ver esto, el viejo rey se puso a llorar desconsoladamente, sin poder decir palabra.

—No llores, padre —dijo el tritón con voz suave—. Me salvaste la vida. Supiste optar por mi felicidad y hacer de lado tu ira. Quédate tranquilo:



no te vas a arrepentir, porque ahora soy un príncipe del mar y te protegeré. ¡Mira el horizonte!

El viejo rey obedeció y se estremeció de inmediato, pues los primeros barcos enemigos eran ya visibles y se acercaban a toda velocidad.

—¡Dios mío! —exclamó.

—¡Sigue mirando! —dijo el príncipe Blub.

Los barcos seguían avanzando pero, a su alrededor, el mar comenzó a espumar, a ondular, y luego a oscurecerse. Poco a poco, se llenó de cosas extrañas, vivas y en movimiento. Podía distinguirse, por aquí y por allá, una aleta revoloteando, una cola torcida, un hocico abierto. La flota enemiga parecía navegar sobre un mar de monstruos.

—¡Ahora, ataquen! —dijo el príncipe Blub a media voz.

Y enseguida comenzó la matazón. Los tentáculos brotaron, las fauces se abrieron, y se revolcaron los remolinos de agua. El mar espumaba y espumaba, y a la vez se desarmaba. Mil monstruos marinos arremetieron contra los barcos, mordiendo, blandiendo, torciendo, rompiendo y haciendo trizas todo a su alcance. Los navíos se levantaban, se inclinaban como a punto de perder el equilibrio; luego se enderezaban, se agitaban, se descontrolaban para después irse de lado, voltearse, caerse en picada, forcejeando como animales heridos, chocando

los unos contra los otros, algunos incluso revolcándose en el agua como personas cuya ropa estuviera ardiendo.

Al cabo de media hora, el mar estaba desierto y calmado, el horizonte estaba azul y libre de la flota enemiga, que había quedado completamente destruida.

—Te presento a mi esposa —dijo el príncipe Blub.

El rey bajó la mirada: ahí estaba la sirena, rosa y blanca, y el príncipe rodeaba su cintura con el brazo.

—Yo lo... lo siento —dijo el rey, avergonzado.

—No se disculpe —dijo la sirena sonriendo.

—Es usted muy amable... Entonces díganme: ¿van a tener hijos?

—No —dijo el príncipe Blub.

—¿Y por qué?

—Somos inmortales —explicó la sirena—, y las especies inmortales no necesitan reproducirse.

—Claro —dijo el rey—. Desgraciadamente, conmigo es distinto...

Hubo un silencio incómodo.

—Es cierto —le dijo el príncipe Blub a la sirena—. Mi padre ya no tiene sucesor, y teme que después de su muerte...

—Habrá un desorden —lo interrumpió el rey—. Desorden y guerra, ¡pues los enemigos se aprovecharán como siempre!

—De ser así —repuso la sirena—, yo me encargaré. Mañana temprano, venga a bañarse en esta playa con su esposa la reina, Su Majestad. Cuando entre en el agua, verá un pez plateado que jugará a su alrededor. Déjelo estar, no le tenga miedo, y dentro de ocho días tendrá un muchachito.

Así lo hizo. A la mañana siguiente, el viejo rey y la vieja reina se bañaron en ese lugar. Un gran pez plateado fue a jugar a su alrededor y, una semana después, tuvieron un pequeño príncipe.

Todo eso sucedió hace mucho tiempo. Hoy, el príncipe Blub sigue siendo un tritón. Sus padres ya están muertos, por supuesto, pero sus nietos gobiernan todavía en la alegre isla, y nadie se atreve a atacarlos.

